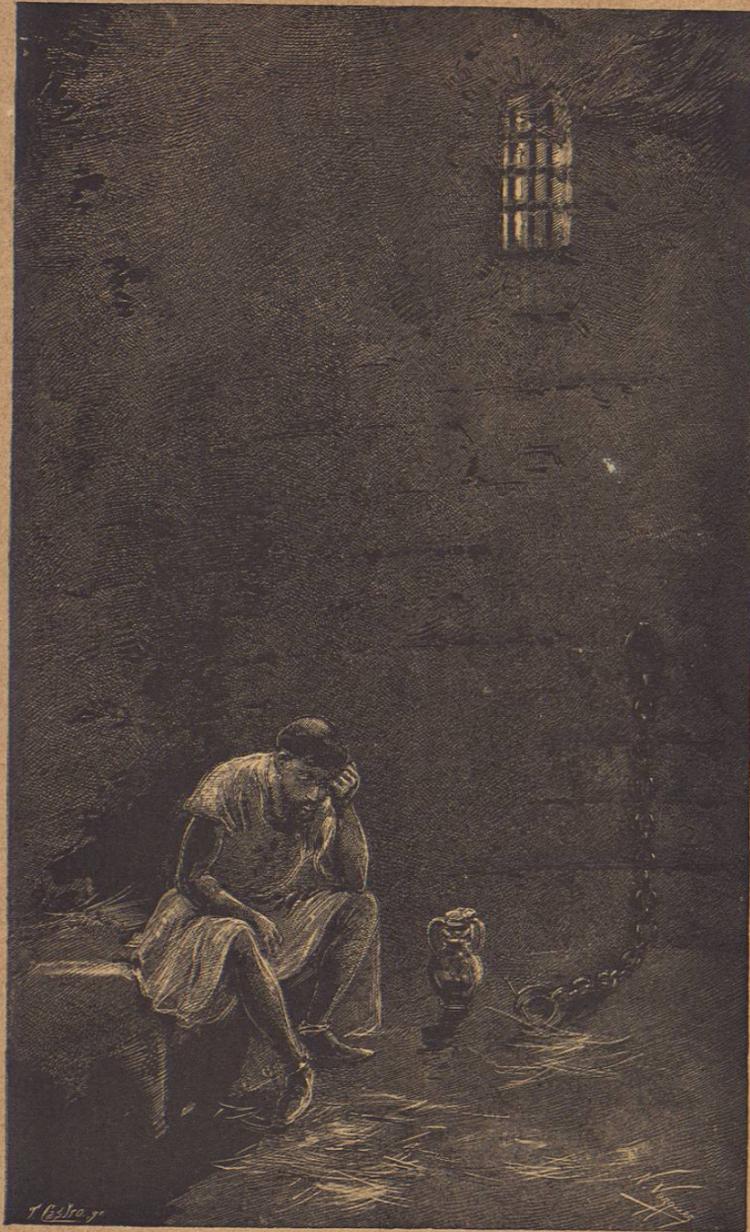


á no ser que su príncipe Onfroy de Toron consintiese en darles parte de su propiedad, si no tambien de sus tributos; y como dicha ciudad se hallaba seriamente amenazada, fué preciso á dicho señor comprar á este precio el auxilio de sus armas, y con dicho pacto los Hospitalarios se pusieron en marcha al socorro de la plaza que Noradino iba á sitiar.

Paneas era una ciudad de Fenicia, llamada antes Cesarea de Filipos, á la falda del monte Libano, frontera de Damasco, cuyo sultan era el terrible Noradino, tan enemigo de los cristianos. Los Hospitalarios, concluido el tratado con Onfroy, formaron un gran convoy de víveres y pertrechos de guerra; partió éste de Jerusalem bajo buena escolta, dirigiéndose hácia dicha plaza, que era la última del reino. Noradino, avisado por sus espías de la salida del convoy, dispuso emboscadas, y al acercarse los Hospitalarios, se hallaron envueltos por numerosas fuerzas; hubo no obstante un combate sangriento, mostrando como siempre su valor ordinario; pero acosados por un enjambre de enemigos, no hubo más remedio que ceder, perdiendo la mayor parte de sus caballeros. La desgracia de los cristianos no paró en esta derrota; Noradino, con el falso pretexto de que el último tratado hecho con los francos no habia sido religiosamente observado, quiso sitiar la ciudad de Paneas. El descalabro sufrido por los Hospitalarios le infundió la esperanza de hallar á los habitantes de aquella ciudad descorazonados por aquella derrota, y avanzó hácia la plaza y la sitió, entrando en ella al cabo de pocos dias. Parte de los habitantes y guarnicion se refugiaron al castillo, donde se defendieron resistiendo á los ataques del musulman. El rey Balduino, al tener noticia de la campaña de Noradino, se puso inmediatamente en camino corriendo al socorro de la plaza, acompañado de los Templarios; pero Noradino, que conocia el valor del rey, no le aguardó, sino que pegando fuego á la ciudad y causando todo el desórden posible, se retiró á los bosques vecinos, tomando posiciones, espiondo los movimientos de Balduino, y preparando acechanzas y emboscadas, que tan buenos resultados le habian dado en aquella campaña. Llegó el rey y entró en la ciudad sin obstáculo alguno, reparó el desórden, infundió confianza; y despues de haber reforzado la guarnicion y dejado víveres, emprendió la marcha por el camino de Tiberíades. El sultan, habiendo observado que el rey Balduino con temeraria confianza habia cometido la imprudencia de hacer marchar primero la infantería, y que por consiguiente estaba separado de ella, hizo salir sus tropas, y por medio de una marcha extraordinaria se colocó en emboscada. Cuando la ocasion le fué propicia, cargó con furia y con tanta impetuosidad, que introdujo el desórden, no dando siquiera tiempo de reconocerse, apelando la mayor parte de los cristianos á la fuga, por razon de la sorpresa y el pánico que se apoderó de ellos. El Gran Maestre del Temple, con sus caballeros, hizo prodigios de valor, y al ver desbandadas las tro-



Prisión del Gran Maestre fray de Blancafort

pas, procuró salvar al rey, lo que se consiguió; y mientras se favorecía la salvación de Balduino, el Gran Maestre, rechazando y combatiendo con los musulmanes, se vió envuelto por todas partes, y hecho prisionero fué conducido á Alepo con 87 Templarios, entre ellos Fr. Odon, mariscal del Temple. Murieron en esta derrota 300 caballeros, así como cayeron en manos del enemigo la mayor parte de los señores que acompañaban al rey. Las pérdidas que se experimentaron en esta accion en caballos y bagajes, fueron de las más considerables. Tuvo lugar el martes 19 de julio de 1156.

El Papa Adriano IV, luego que tuvo noticia de este desastre, lo comunicó al arzobispo de Reims, su legado en Francia. Despues de haber representado que los Templarios eran los Macabeos de la ley de gracia, pues su celo y servicios eran harto conocidos tanto en Oriente como en Occidente, le exhorta á procurar todos los socorros que puedan, tanto en hombres como en caballos, interesándose con sus sufragáneos para este objeto (1).

Noradino, orgulloso de estas victorias, volvió á Paneas, en la cual entró con poca resistencia; puso sitio al castillo creyendo rendirle, porque no pensaba estuviera el rey de Jerusalem en disposicion de acudir á su socorro, habiendo experimentado la derrota que hemos dicho; pero se engañó: el castillo opuso una resistencia que no esperaba, y entre tanto Balduino, Renaldo de Chatillon y el conde de Flandes que últimamente habia desembarcado, y las dos Órdenes militares, fueron al socorro de la plaza, sorprendieron á los musulmanes, obligándoles á levantar el sitio con muchas pérdidas. Treinta Templarios, con su bravura proverbial, derrotaron á 200 infieles.

El año siguiente, 1157, reunido el ejército cristiano con las fuerzas de las dos Órdenes y del conde de Flandes, emprendióse el sitio de Saroude; pero se vieron obligados á levantar el sitio y retirarse al principado de Antioquía; mas al tener noticia de que Noradino estaba enfermo de gravedad, quisieron aprovecharse de esta coyuntura, y se emprendió la marcha hácia Cesarea para apoderarse de ella. Los habitantes, acostumbrados más bien al negocio ó comercio que á la guerra, dejaron tomar la ciudad, y se retiraron al castillo situado en una eminencia. Balduino, conociendo que el conde de Flandes era intrépido y poderoso para guardar y defender esta plaza, propuso cedérsela; pero Renaldo de Chatillon, en calidad de príncipe de Antioquía, se opuso y la reclamó para sí, por cuanto estaba situada dentro de sus estados. Esta oposicion fué causa de que los cruza-

(1) Martene: Ampl. Collect., tom. 2, pag. 42.

dos se separasen sin tomar la fortaleza. Al reconocer que su division podia serles perjudicial, se reunieron otra vez para atacar el castillo de Harém, cuya guarnicion incomodaba bastante á Antioquia; se embistió la plaza, y para aprovecharse de la enfermedad del sultan se estrechó el sitio, multiplicáronse las baterías de ballestas, y se minaron las murallas, de suerte que, á los dos meses de ataques, la plaza se rindió, y fué cedida al príncipe de Antioquia, que la conservó á pesar de los esfuerzos que el musulman ensayó para recobrarla (1).

Apenas Noradino se vió en estado de hacer la campaña, se puso al frente de sus fuerzas, y mientras los cruzados estaban descansando, entró y puso sitio al castillo llamado Kurdes en la comarca de Emesa. Era éste una caverna situada en la pendiente de una montaña elevada, y el único camino que conducia á ella era estrecho y peligroso, á causa de los precipicios que la rodeaban; el interior de dicha caverna era espacioso y cómodo, y hacia más facil su defensa. La guarnicion, al verse atacada por tan numerosas fuerzas, se habia comprometido á entregarse al sultan, si durante el espacio de diez dias no era socorrida. El rey Balduino que conocia la importancia de esta plaza, pues era la llave de las llanuras de Damasco, y que habia procurado convertirla en un castillo formidable, se apresuró á acudir á su auxilio, y puesto al frente de fuerzas respetables, en union de su cuñado Thierry conde de Flandes, avanzó á grandes marchas, queriendo probar la fortuna de las armas antes que perder aquella plaza. Noradino, por consejo de uno de sus generales llamado Siracon, levantó el sitio para ir al encuentro de los cruzados, hallándolos cerca del lago de Genesareth, prefiriendo batirse en batalla campal, que ser atacado en el campamento; pero Balduino no le dejó el tiempo suficiente para formarse en batalla sino que con impetuosidad todo el ejército cristiano se abalanzó contra los infieles. El rey á la cabeza de los señores del reino, los valerosos escuadrones de los Templarios y Hospitalarios que formaban la más principal y selecta fuerza del ejército, cargaron todos con bizarría, derrotando cuanto se oponia á su espada. Roto el primer cuerpo de los turcomanes, que, segun la táctica de los infieles, era la más débil, Siracon opuso otra línea de tropas compuesta de soldados viejos y aguerridos, los cuales contuvieron á los fugitivos, restableciendo el combate, y oponiendo un muro de bronce á los cristianos; entonces unos y otros combatientes hicieron esfuerzos inauditos, animados con la vista y el ejemplo de sus respectivos soberanos y generales, luchando con un furor sin igual, matando sin perder un palmo de terreno, sin disminuir el coraje ni entrar el desaliento, sin arredrarles los peligros, ni contenerlos la vista de los muertos y heridos.

(1) Hist. general de los Hunos, lib. 13, pág. 181 y 182.

Los cristianos, irritados de hallar tan obstinada resistencia y ver el combate tan rudo y sangriento, entusiasmados por los gritos de los jefes, tomaron nuevos bríos, y como si les hubiera llegado un refuerzo, se abalanzaron intrépidamente á través de los batallones enemigos, sembrando el espanto y el exterminio por todas partes, obligándoles á pronunciarse en retirada. En estos momentos Balduino y el conde de Flandes con la caballería acuden de improviso, y logran con sus cargas y ataques poner en confusion y en verdadera derrota á los infieles. Entonces todo se desbandó, llegando hasta la tienda de Noradino, que pudo escapar y salvarse saltando sobre un caballo: más de 6,000 infieles quedaron tendidos en el campo de batalla, sin contar los heridos y prisioneros. El honor de esta gloriosa jornada fué atribuido al rey, que, aunque joven, estaba dotado de alto valor: su intrepidez le multiplicaba, acudiendo con prontitud á los parajes de más peligro, ó donde consideraba que su presencia era mas necesaria.

Los Templarios así como los Hospitalarios dieron pruebas de una valentía sin ejemplo, contribuyendo en gran manera al buen éxito de la batalla. El emperador de Constantinopla Manuel Comneno se hallaba entonces á la cabeza de un poderoso ejército dentro del principado de Antioquia, para vengarse de los malos tratamientos que Renaldo de Chatillon habia hecho sufrir á sus súbditos de Chipre, pero habiendo firmado un tratado de paz con el príncipe, se trató de ir de concierto con los cruzados á sitiarse al sultan en su misma capital de Alepo. Noradino con sus trazas y artificios logró que el emperador de Constantinopla desistiese de este plan, haciéndole grandes promesas que no cumplió; solamente para complacerle, dió libertad á 6,000 alemanes que tenia prisioneros de la cruzada de Conrado, y devolvió el Gran Maestre del Temple Blancafort, los demás Templarios y toda la nobleza que tenia presos (1).

El Gran Maestre Blancafort, vuelto á los suyos, estuvo al frente de su Orden como un modelo acabado de celo y religion, donde un superior debe ser el espejo de sus súbditos, y la gobernó aún cerca de diez años. Es indudable por todo cuanto hemos relatado desde 1153, que fué verdaderamente Blancafort quien cayó prisionero por Noradino, y no Tramelay por Saladino, como lo pretende Ducange en su Glosario y en sus notas sobre Cinnamus (2).

El Papa Adriano IV considerando los abusos de ciertos privilegios concedidos por sus predecesores á los regulares, se reyó obligado á revocar en este año 1158 la mayor parte de ellos. En cuanto á los de los Templarios, es positivo que no solamente fueron exceptuados en dicha revo-

(1) Cinnamus, lib. 4, núm. 22.

(2) Verbo Templarii, notas sobre Cinnamus, pág. 463.

cacion sino que aun fueron especialmente confirmados por dicho Pontífice: tanta era la consideracion que la Sede Apostólica tenia á dicha Orden por los relevantes servicios que prestaba en aquellas circunstancias (1).

Luego que Noradino (1159) vió disiparse el huracan que habia amenazado descargar sobre él con la entrada del emperador griego en sus estados, se puso á la cabeza de su ejército para hacer la guerra al sultan de Icon. Balduino, aprovechándose de esta ausencia, entró á su turno en el territorio de Damasco y lo devastó en parte, y temeroso el gobernador de dicha ciudad de que la devastacion seria mayor, por carecer de fuerzas suficientes para oponerse al ejército cristiano, ofreció á Balduino una tregua de tres meses, dar libertad á los prisioneros cristianos, y una suma de 80,000 piezas de oro. Balduino admitió la proposicion y se firmó el convenio. Concluido el plazo de la tregua, el rey de Jerusalem volvió á entrar en el territorio de Damasco, pasándolo á fuego y sangre (2), no hallando apenas resistencia, por estar aún ocupado Noradino en perseguir al sultan de Icon.

No consta que esta expedicion se hiciera con fuerzas del Temple, ni tampoco que acompañaran al príncipe de Antioquia en el condado de Edesa. Hallábase este país sin defensa cuando Renaldo de Chatillon intentó invadirlo, y en efecto así lo hizo, recogiendo rebaños y un inmenso botin; pero al volverse, el gobernador de Alepo con una fuerte division le salió á su paso. Renaldo contra el parecer de sus oficiales quiso resistir, y fué derrotado, perdiendo el botin, y hecho prisionero, siendo llevado cautivo á Alepo (3).

Durante estos acontecimientos (1160) llegó un legado enviado por el papa Alejandro III nuevamente elevado á la sede apostólica. Este Papa que por desgracia de la Iglesia tenia un poderoso competidor, es decir Víctor III, que tambien fué elegido papa, deseaba ser reconocido por legítimo Pontífice por la Iglesia oriental. Los sentimientos y pareceres se hallaban divididos. En la corte dominaba la opinion de que no debia someterse á ninguna de las dos obediencias antes de la decision de un Concilio general; entre los Obispos, aquellos que no habian olvidado que el competidor de Alejandro les habia apoyado en el asunto de las inmunidades, se declararon abiertamente en su favor.

Los caballeros por reconocimiento á Alejandro que les habia favorecido contra las gestiones del patriarca Foulcher, no querian otro papa sino el que habia sido elegido por pluralidad de votos. Hubo necesidad para

(1) Regula et Const. ord. Cist., pag. 479.—Manrique, 1138.

(2) Hist. general de los Hunos, tom. 2, part. 2, pág. 181.

(3) Hist. gen. de los Hunos, t. 2, part. 2, pág. 131.

esto de tener una asamblea; el lugar del concilio fué Nazareth. El Rey con su consejo y los dos Grandes Maestres de las Órdenes fueron invitados. La opinion de aquellos que se declararon por Alejandro prevaleció, y todos por último convencidos de la canonicidad de la eleccion se sometieron á su obediencia (1).

Alejandro III envió tambien un legado á los reyes de Francia é Inglaterra, no tan sólo para obtener su proteccion, sí que tambien para reconciliar á estos dos soberanos. El legado obtuvo cuanto deseaba el Papa. La reconciliacion se hizo mediante el enlace de una hija de Luis, con un hijo de Enrique de Inglaterra. El dote de la princesa consistia en Gisors y dos otras plazas francesas; pero como las partes eran aun menores de edad, se estipuló que dichas plazas se pondrian en manos de los Templarios, guardándolas hasta que se efectuase el matrimonio. Tal era entonces, dice Larrey, la reputacion de que gozaban los Templarios (2).

No es exacto lo que dice dicho historiador, de que se confiaran aquellas plazas al Gran Maestre del Temple, sino á tres comendadores, á saber Fr. Roberto de Piron, Fr. Tostes de S. Omer, y Fr. Ricardo de Hastings (3).

El tratado de paz se firmó, como tambien la celebracion de los esponsales, á pesar de que el hijo de Enrique no tuviera más de siete años y la hija del rey de Francia solamente tres.

Habia dos años que el canciller Tomás Becquet habia sido preso en París segun la costumbre de aquellos tiempos, el cual decia que las princesas debian ser educadas en la corte del príncipe con el cual debian casarse. Otros dicen que para apoderarse de Gisors, Enrique de Inglaterra se disfrazó con el hábito de Templario, y que con el pretexto de querer cambiar al gobernador y guarnicion de dicha plaza, pudo introducir un comandante á sus órdenes y una guarnicion inglesa. El rey de Francia, indignado, mandó á los tres caballeros salir de su reino, los cuales se refugiaron á Inglaterra, y su rey les colmó de honores por la desgracia que habian experimentado. Tostes de S. Omer y Ricardo de Hastings estuvieron encargados de diferentes negociaciones, principalmente en la ruidosa cuestion del rey con el arzobispo de Cantorbery.

En los Países Bajos, Godofredo el jóven, duque de Lorena y Brabante, siguiendo las pisadas de su padre y abuelo, que habian recibido y favorecido en sus estados á los Templarios, en este año 1160 les tomó bajo su proteccion y salvaguardia con todas sus tierras y encomiendas, declarán-

(1) Guill de Tiro, año 110.

(2) Hist. de Inglaterra, tom. 1, pag. 37.

(3) Roger de Hoveden y la Crónica de Tivet, año 110.